

oficial ante el Presidente Cárdenas, al objeto de conseguir fusiles para la República española. En las hemerotecas pueden encontrarse fotos de la impresionante manifestación en la capital mexicana encabezada por el prestigioso Presidente y una mujer de pelo blanco, alta, vestida de chaqueta de cuero: Caridad del Río, a la que llamábamos "La Mercader" porque era un apellido más catalán y menos rimbombante.

Ocho años después de aquella manifestación y provista de pasaporte cubano, Caridad del Río se plantaba en México para que el ex Presidente Cárdenas, todavía influyente, la ayudase a liberar a su hijo, condenado a veinte años de cárcel por haber matado a Leon Trotsky, refugiado político acogido al derecho de asilo de la Constitución mexicana, el mismo derecho que les fue concedido a decenas de miles de republicanos españoles.

Lázaro Cárdenas no recibió a Caridad del Río. Los organizadores del crimen no tuvieron en cuenta que violaban la soberanía mexicana al asaltar la finca donde vivía Leon Trotsky, de cuya seguridad respondía el Gobierno del Presidente Cárdenas.

¿Qué había pasado entre la memorable manifestación y la desesperada gestión de la madre de Ramón Mercader? La guerra de España y su trágico desenlace. Las depuraciones estalinianas de los años treinta que equiparaban el trotskismo al fascismo. El estallido de la segunda guerra mundial y el ataque del III Reich hitleriano a la Unión Soviética. En este

marco histórico hay que situar la "misión" que le fue confiada a Ramón Mercader, "misión" que no terminaba con la ejecución de Leon Trotsky. La de Ramón Mercader fue una tarea que sólo podía concluir con su propia muerte en el "ghetto" que tuvo que imponerse, treinta y ocho años después de que asesinara, con premeditación, alevosía y ventaja, a uno de los organizadores del Ejército Rojo.

Se ha vertido mucha tinta sobre este asunto, incluso se rodó una película basada en sus aspectos más folletinescos, pero entre nosotros, comunistas, se ha eludido el tema por razones



Leon Trotsky, durante su exilio en Méjico, en compañía de su mujer y del pintor Diego Rivera.

Pudo ser cualquiera de nosotros

Moscú habían eliminado prácticamente a casi todos los antiguos colaboradores de Lenin y había transcurrido escaso tiempo de aquel año en el que en España se había aplastado al POUM. Y se había asesinado a Nin. En este sentido, tal vez no sea inoportuno recordar que todavía recientes los servicios prestados a los soviéticos en España para eliminar a Nin y otros disidentes, también en el primer intento fallido de asesinar a Trotsky, ya en México, no estuvieron muy lejos de ese hecho algunos miembros vinculados al exilio español. Nunca pudo pensar Liev Davidovich Bronstein, cuando en 1916 visitó España, que los españoles se transformarían, también, en mercenarios estalinistas. De igual manera de que su última mirada no captaría en los ojos del asesino toda una voluntad, bien cultivada, de proseguir hasta el infinito el ritual saturnal de la revolución devorando a sus propios hijos. Y esta vez, asimismo, de manos de un español.

Hay que haber vivido aquellos años de deformaciones, años acriticos vividos por tantos de nosotros, para poder comprender hasta qué grado todos los comunistas "oficiales" de entonces fuimos culpables, sin excusas, de la muerte de Trotsky. Y lo grave no era, desde nuestra óptica de hoy, la desaparición de un líder tan importante en la dinámica de la revolución bolchevique, sino la aceptación sin titubeos de que los problemas del movimiento revolucionario internacional podían pasar por esos crímenes colectivos.

No son los pequeños recuerdos de uno (el conocimiento de algunos protagonistas, los testimonios recogidos más tarde, etc.) los que ahora nos afloran. Es la vergüenza revolucionaria por haber sido cómplices intelectuales de las muertes de otros más antiguos disidentes. No es posible partir de cero y pasar la esponja en la pizarra de nuestra memoria. Es, por contra, la memoria de aquello lo que nos obliga hoy a calificar de crímenes a hechos entonces "heroicos" y en los que nos vimos involucrados desde lejos tantos y tantos comunistas. Este reconocimiento debe ser uno de los principales soportes de nuestra conducta actual. Tampoco aquí cabe el consenso del silencio, tampoco. Ramón Mercader fue uno más, pues de otros ejecutores no conocemos ni siquiera sus nombres. Pero en aquellas feroces épocas cualquiera de nosotros, armado de valor, pudimos convertirnos, al dictado, en verdugos de disidentes, y eso sí que es gravísimo si no se confiesa públicamente ahora, cuando hemos eliminado de nuestra formación revolucionaria todo el magma sectario y todas las impregnaciones estalinistas.

Ramón Mercader ha terminado por ser nuestro "hombre de La Habana". Muchos conocedores deben reconstruir con veracidad una historia que exige lucidez. No se trata de adquirir hábitos de secta con el consabido "mea culpa", sino de enfrentarse con la memoria, de cara a protagonizar en el devenir revolucionario un papel libre de toda sospecha. ■

RICARDO MUÑOZ SUAY

CREO que la muerte de Ramón Mercader —si es que, en verdad, ha muerto definitivamente y no se trata de otro nuevo ardido de los servicios secretos— nos afecta a muchos. A todos los que, por nuestra deformada militancia, pudimos ser, en potencia, los asesinos de Trotsky. En todo caso, creo que a nadie de los que en aquellos años aceptábamos sin lugar a dudas —o con algunas pocas— la necesidad de exterminar a los trotskistas, como verdaderos aliados del fascismo, nos conturbó la noticia de la muerte espantosa de Trotsky, sino todo lo contrario. Hacía poco, muy poco, que los procesos de